

La Lectura



Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

La Raiz de la Libertad.

MEMORIAS DE UN VOLUNTARIO

Érase el año mil ochocientos y pico; la revolución se había echado á la calle vestida de miliciano nacional tocando el himno de Riego, y yo, que entonces era un zanguangote inocentón y rollizo que me saltaba por las bocamangas de los levitines que me hacía cierto pícaro sastre de cuyo nombre no quiero acordarme, corría entusiasmado detrás de la música gritando como los demás.

¡Qué día aquel de más algazara!

Por el pueblo todo eran carreras, los unos cerraban las puertas: los otros saltan á los balcones.

La música dió la vuelta por las calles principales del lugar, hasta que llegó á la plaza, donde se detuvo á tocar el trágala á los caídos.

Después de un buen rato de vivas y mueras, cesó el escándalo, enmudecieron todas las bocas, y un patriota gordo y bajito, con unos bigotes negros recortados en forma de cepillo, se subió encima de una silla que le sacaron de la botica donde se reunían los *exaltados* (enemigos de los *moderados* que se reunían en la tienda), y con voz estrepitosa pronunció un desaforado discurso.

—Señores, dijo, ha llegado ya la hora de romper las cadenas que aprisionaban al pueblo español; el sol de la libertad ha salido. (Tenía razón, porque á él lo acababan de sacar de la cárcel, donde por sus fechorías pasaba casi todo el año). El sol ha salido, y desde hoy las aves *agoturnas* de la reacción, tendrán que meterse en sus cuevas si no quieren que las metamorfoseemos en otra parte.

(Las aves *agoturnas*, eran el sacristán y sus amigos que pertenecían al otro bando.)

—Desde hoy, continuó el orador, se han acabado ya los tiranos. (Esto lo de-

cía por el alcalde que había cerrado las tabernas.) Al que no sea amigo del pueblo y no quiera la libertad, ya le enseñaremos nosotros á que la *trague*.

Señores; ¡viva la voluntad nacional! ¡viva Espartero! Pido que ahora mismo se plante el árbol de la libertad.

—¡¡¡Que se plantelll gritaron cien voces; ¡¡¡que se plantelll

Como por encanto, trájose enseguida un tronco con algunas raíces y ramas, y después de hacer un hoyo proporcionado plantóse en medio de la plaza.

La música rompió otra vez á tocar el himno y el entusiasmo volvió otra vez á recrudecerse; pero esta vez no pudiendo ya la gente contenerse, se fué á casa del sacristán (ave *agoturna* número uno) y le arrimó un palizón de padre y muy señor mío.

—¿Qué es esto? dijo el pobre apagaluces cuando vió caer sobre sus espaldas aquella lluvia de palos.

—Gran tunante ¿no decías que no vendría la libertad? pues aquí la tienes.

—Pero, señores, ¡por el amor de Dios!

—Firme, firme, gritaba el patriota del discurso: esos son los que no dejan que la libertad medre; firme con él.

Y los palos siguieron, y quién sabe á donde hubiera llegado si la providencia no hubiese acudido en aquel momento á su socorro vestida de sotana.

Efectivamente, entre los ayes y el tumulto, se abrió de repente una puerta, y una voz que no olvidaré nunca, pues sin duda debía salir de unos pulmones tamaños como los fuelles de un órgano, gritó con toda su fuerza:

—¡Infames! ¿Son ustedes los que hablan de libertad? ¡Habrás visto escándalo más grandel

Aquel apóstrofe lanzado por aquella voz, contuvo á todo el mundo.

Quien lo lanzaba era el cura, un hombre de seis pies y tres pulgadas, con cada puño como una maza. Al oír los gritos se había echado á la calle dispuesto á salvar

á la víctima y era hombre que no retrocedía nunca.

—¿Y se atreverán ustedes aún, continuó con su voz estrepitosa, á llamar *libertad* á estos delitos? ¿Cuándo se ha visto que la libertad sea hija del crimen? ¿O es que han olvidado ustedes tan pronto que para traerla á la tierra derramó el hijo de Dios su propia sangre, en vez de derramar la ajena?

Para que nuestros lectores comprendan el efecto que haría aquel atrevido arranque, hay que advertir que en aquellos tiempos, los curas (á lo menos en la apariencia), eran más respetados.

Los voluntarios de la libertad de aquellas kalendas se contentaban con apalear sacristanes, sin dejar por eso de ir á misa y comulgar por Pascua Florida,

Eran como aquellos benditos doceafistas que se santiguaban para hacer la primera revolución en Cádiz y saludaban al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para arrancarles con todo respeto el derecho de mezclarse en las cosas de este mundo, que, según ellos, debían en adelante regirse por la *voluntad nacional*.

La política á un lado y la religión á otro: era su frase.

Lo que equivalía á decir que una cosa era comulgar por Pascua y otra introducir en España las doctrinas de la revolución francesa, para hacer con ellas la desgracia de siete generaciones.

Por supuesto, que mientras aquellos benditos y cristianísimos liberales se enjugaban la boca para quitarse el escrúpulo, distinguiendo mentalmente entre la religión y la política, en las capitales se empezaba ya el ajo, y se quemaban conventos y se degollaban frailes.

Y después se vendían los bienes de las iglesias y hospitales.

Y después se hacían concordatos.

Y después no se cumplían por *falta de recursos*.

Y después se derribaban é inutilizaban cerca de setecientos templos en toda España.

Y por último, se abrían las bárbulas, como dijeron algunos oradores de la gloriosa, y la prensa fué ya libre para vomitar blasfemias contra la religión, los diputados libres para disparatar contra la Santísima Trinidad, y los francos libres para bailar el *can-can* en las iglesias de Barcelona.

Pero dejemos la historia de estas menudencias y de los que las trajeron á España y las apoyaron y apoyan aún sin dejar de comulgar por Pascua, y sigamos nuestro cuento.

No bien los apaleadores del ave *agoturna* se apercibieron de que el cura al fin y al cabo no era más que un hombre solo, hiciéronle cara, y si no á palos, porque no se atrevieron, le dijeron cuatro frescas y lo mandaron á paseo.

Entonces, el hombre, conociendo que aquello no tenía apañío, cogió al sacristán, se lo echó bajo del brazo, y como Dios le dio á entender, lo metió arrastrando en su casa para curarle con *árnica* las dos docenas de melocotones que llevaba en la cabeza.

Desaparecido que hubieron los larguiruchos piés de la víctima por la puerta de la rectoría, se cerró ésta, la música volvió á tocar el himno y la gente volvió á entusiasmarse.

—¿Pero ven ustedes qué cosa tan grande es la libertad? decía un oficial de zapatero, vecino mío, á quien su maestro acababa de despedir por su poca afición al tirapié.

—Es la mitad de la vida, decía otro individuo que pasaba la suya en el billar ensayando jugadas de carambola y *palos* para repetir las por la noche á su mujer.

—Al pillo que no la quiere debían degollarlo, decía otro por el estilo.

—Todo se andará, dijo entonces una voz que no era sino la del albeitar, otro de los más exaltados del pueblo. Dejad que el arbolillo crezca, caballeros, y eche raíces, y verán ustedes libertad en España. Lo que es que estos pillos reaccionarios no lo dejan crecer.

—No, pues esta vez no tendrán más remedio que dejarlo, pues para eso don Baldomero ha dado herramientas al pueblo para que lo cultive.

Efectivamente, casi todos los acompañantes de la música llevaban su correspondiente instrumento de cultivo; quien una carabina, quien un trabuco; quien un fusil de chispas; quien un sable de ballería.

—Yo preiendí llevar también mi podadera y se me alistó como voluntario.

Por supuesto, sin saberlo mi abuela,

pues si lo sabe me araña. Era muy reaccionaria.

—Ahora si que voy á ser hombre, decía yo dándome con tocino para que me saliera el bigote y ensayándome en hacer el *ejercicio*. En cuanto el árbol crezca ya no tendré que encerrarme al obscurecer como las gallinas, ni rezaré tanto rosario, ni me levantaré al alba á estudiar horas enteras; entonces seré libre, iré á donde quiera, haré lo que quiera, viviré como quiera.

Como se vé, yo había entendido la libertad como la entendía el albeitar y el zapatero del tirapié y el patriota de los bigotes, y en general todos los voluntarios á quienes D. Baldomero había encargado el cultivo del árbol.

Creía yo que la libertad era la facultad de hacer lo que á cada uno le diese la gana, y que el día que llegase su reinado, el mundo se convertiría en una especie de Jauja, donde cada paladar disfrutaría libremente de su propio gusto, sin cortapisas de ningún género.

No me hacía cargo de que la libertad precisamente consiste en todo lo contrario, pues no sería posible que los hombres realizaran en el mundo sus legítimas aspiraciones (que tal es el ideal de la libertad verdadera), si cada uno por su parte no se hiciese un poco de violencia y limitase las aspiraciones propias en beneficio de las ajenas.

De donde nace, sin duda, aquel principio que dice que **«no es más liberal el que más ensancha sus derechos, sino el que mejor cumple sus deberes.»**

Pero no entendía de estas cosas.

Estas cosas no las decía mas que el cura, y el cura era otro reaccionario como mi abuela.

A mí me gustaba la libertad... libre; es decir, la propia. Lo demás, decía yo que todo eran servilismos.

Y tanto llegué á enfrascarme en esta idea, que un día, porque mi abuela, después de estudiar, quiso que rezara el rosario de rodillas, me pareció que no podía darse mayor tiranía, y que aquello era ya la inquisición con sus correspondientes hogueras, tal como nos la había pintado el albeitar que era hombre muy dado á la historia.

—Basta, dije para mí, esto ya es el cúmulo del fanatismo: desde mañana voy á plantar en esta casa el árbol de la libertad.

—Maestro Pajotas, exclamé al día siguiente, dirigiéndome á casa del albeitar, deme usted una raíz del árbol, que voy á plantarla ahora mismo junto á la pila

donde mi abuela lava las enaguas.

—¿De qué árbol hablas?

—Del de la libertad.

—Toma las que quieras.

—Entonces corrí hacia la plaza, y cogiendo un tallo de aquel alcornoque que los voluntarios habían ya convertido en manzanillo á fuerza de dar palizas á su sombra, me fuí á casa y comencé á plantarlo.

—¿Qué plantas ahí, muchacho? me preguntó mi abuela.

—El árbol del paraíso, le contesté con intención.

Pero no sabía yo la gran verdad que había dicho.

Realmente yo era un Adán con la fruta en el cuerpo.

Había soñado comer la de la felicidad, y me había envenenado con la de la concupiscencia.

Había querido ser libre y era ya esclavo.

Esclavo de las malas pasiones, que son las que convierten al hombre en tirano de sí mismo, para hacerlo después verdugo de los demás.

Afortunadamente, Dios reservaba á mi engañada inocencia una salvadora lección, y esta lección fué la siguiente.

Hallábamonos en el pueblo en un día de elecciones.

De *votadas*, como decía el albeitar.

Este era ya alcalde, y con su gorra de pelo y su vara en la mano, se encaminaba á la casa de la villa seguido de una turbamulta de patriotas y matones.

Después venía á cierta distancia el boticario con otra por el estilo.

Hay que advertir que aunque ambos caciques *eran del partido*, se habían ya contrapuntado por *cuestión de consumos*, y se hacían la guerra.

Los voluntarios se habían dividido: unos estaban con el uno y otros con el otro.

En cuanto al sacristán y demás aves *agoturnas* no hay que hablar, porque á pesar de que el *sufragio era libre*, según decía la ley, ni por un ojo de la cara se hubieran atrevido á salir de su casa, so pena de recoger el tal sufragio en misas rezadas por el eterno descanso de su alma.

Tales eran los garrotazos que se habían repartido ya por el pueblo la víspera de la elección.

Llegado que hubo á la plaza toda la comitiva, el alcalde y los suyos subieron á la casa del ayuntamiento, y la elección dió principio.

Entonces el boticario y su gente, entre los que figuraba el barbero, *apoyados*

en la ley, que era lo mismo que no apoyarse en nada, trataron de subir también a poner mesa.

Nunca que lo hubieran intentado, allí fué Troya.

El voluntario de los bigotes que se había quedado en la puerta para apoyar al alcalde, no con la ley, sino con la carabina, montó ésta, y dando el quién vive, a todo bicho viviente, dijo que por allí no pasaba nadie.

—Somos electores, contestó el boticario.

—Ustedes vienen a alterar el orden.

—No es verdad.

—Llevan ustedes armas y no pueden entrar.

—Que se nos cachee, dijo una voz.

—El alguacil empezó a hacer el registro y le encontró al barbero dos lancetas.

—Armas de punta y corte, dijo entonces el patriota; a la cárcel todo el mundo.

No había acabado el desgraciado de pronunciar estas palabras, cuando un terrible trabucazo disparado a quemarropa, le derribó en el dintel de la misma puerta.

Ocurrir aquello y armarse un motín indescriptible, todo fué obra de un momento. Las puñaladas, los tiros y los sablazos, llovieron en un instante por todas partes. Unos gritaban por aquí, otros corrían por allá.

—¡Socorro! ¡Favor a la Reina! ¡Asesinos! ¡Alto a la autoridad!

Al ver el tumulto, asustado como una liebre, corrí a esconderme donde pude; mas en aquel momento la voz estertórea del cura, aquella voz que en otro tiempo había salvado al sacristán, sonó de nuevo entre los combatientes, pero con tal fuerza, que parecía la trompeta del juicio. Todas las armas cayeron de las manos.

—¡Señores! exclamó, ¿qué viene a ser esto? ¿Hasta cuando seguirán ustedes aspirando a ser libres, sin dejar de ser criminales? ¿No están ustedes viendo que el crimen es de donde nacen todas las tiranías? ¿no conocen ustedes que pecado y libertad son dos cosas contrarias? ¡La violencia y la muerte! exclamó el cura dando un gran grito, he aquí el fruto del pecado.

En efecto, en aquel momento cuatro voluntarios traían atravesado en una escalera al fruto del pecado, al pobre patriota de los bigotes chorreando sangre y más blanco que el papel.

Afortunadamente, se le reconoció y se vio que las heridas no eran de gravedad.

—A votar, a votar, exclamó entonces el boticario que era hombre frío y de mala intención. Esto no ha sido nada.

—A orar, a orar; contestó el cura, lanzando una mirada sobre aquel hombre funesto, Señor boticario, esto ha podido ser mucho y no significa poco.

Yo dudé un momento entre el consejo del cura y el del boticario; pero me acordé de la mala cara que le había visto al fruto del pecado, y me decidí por el consejo del cura.

—Señor cura, exclamé entrando tras él en la iglesia: yo soy uno de los que quieren orar, pero dígame V. antes una cosa: ¿cree V. que con oraciones se puede sostener la libertad?

—Mas que con votos.

Entonces el cura observando mi admiración, me explicó por completo su pensamiento.

—Hijo mío, me dijo, la libertad es hija primogénita de la justicia. Mientras en la sociedad haya muchos hombres injustos, jamás podrá haber muchos libres. Tú mismo acabas de ver cómo la injusticia de los unos destruye la libertad de los otros, y por consiguiente, tú mismo te habrás convencido de que la virtud es el fundamento de la libertad.

¡Oh! si esto lo comprendieran bien todos los hombres, ya seríamos libres todos, porque cada cual cultivaría dentro de su corazón la abnegación cristiana, única raíz de la libertad verdadera.

Oír estas grandes verdades, dirigirme al corral y arrancar el alcornoque, todo fué obra de un momento.

Desde aquel día varié de cultivo; me dediqué a luchar contra mis propias pasiones, arrancando todas las malezas de mi alma, y en cuanto ví que adelantaba la obra dije ya respirando con alegría: Ahora si que conozco que he empezado a ser verdadero liberal.

ADOLFO CLAVARANA

ORA ET LABORA

—Hijo mío, trabaja; que quien no trabaja no come, decía un padre a su hijo. Y añadía:

—Pero al mismo tiempo ora, porque quien no ora en vano trabaja.

Y tenía razón: Pues toda la filosofía de la vida, pudiera reducirse al *Ora et labora*, puesto que con la oración vive el alma, y con el trabajo vive el cuerpo.

Y ahora pregunto; ¿qué opinan ustedes de esta máxima?

Porque no es esta la que hoy domina. Hoy se tiene de la vida una noción muy diferente de la noción cristiana. La vida es para muchos una mina de felicidad

que conviene explotar antes que se agote; un manantial de gustos que debe beberse antes que se seque.

Y este criterio engendrado por el virus naturalista que nos corroe, es precisamente el origen de las ideas anárquicas que nos disuelven.

¿Para qué orar? dice el naturalismo, si más allá de la tumba no hay nada.

¿Para qué trabajar, responde enseguida el comunismo, si el trabajo es un sacrificio y nada más?

Trabajemos lo menos que podamos y hagamos leyes para disfrutar todos del mundo por igual.

Reducción de trabajo: aumento de goces.

Y el resultado viene a ser precisamente todo lo contrario; aumento de trabajos y disminución de paz y de felicidad.

Justo castigo de Dios.

La fórmula *ora y trabaja* es la única capaz de satisfacer todas las aspiraciones humanas, tanto en la esfera individual como en la social.

Orando se purifican los corazones, se elevan las almas, se ennoblecen las ideas, se desarrolla el progreso moral de los individuos y de los pueblos.

Trabajando se satisfacen las necesidades físicas, se enriquecen las familias y las naciones y se ponen diques al vicio hijo de la ociosidad.

Orando, el trabajo se suaviza.

Trabajando la oración se avalora.

Casi pudiera decirse que el trabajo es la oración del cuerpo así como la oración es el trabajo del espíritu. Porque ¿qué hace el alma que ora sino trabajar para elevarse hasta Dios, y obtener de El lo que necesita?

¡Ah! si profundizásemos esta material. Hablando de la oración ha dicho un sabio.

«El cuerpo, tiene sus sensaciones, el corazón sus sentimientos, la voluntad sus deseos, la inteligencia su pensamiento; pero sobre las sensaciones del cuerpo, sobre los sentimientos del corazón, sobre los deseos de la voluntad, y sobre el pensamiento del espíritu está la oración que abarca a todo el hombre.»

Quien no ora, ha dicho el mismo sabio, no vive, pues no hace más que vegetar; y quien ora mal vive mal y, digámoslo así, se inferioriza.

Y lo demuestra así:

«La piedra no se mueve; es pues, inferior a la planta.

La planta no siente, luego es inferior al animal.

El animal no piensa, luego ocupa un

grado inferior al hombre.

El hombre que no ora es pues inferior al que ora.»

Grandísima verdad de la cual se deduce que no hay elemento de reorganización individual y social más eficaz que la oración, porque tampoco hay elemento de perfeccionamiento humano más vivo y poderoso.

Y ¿qué es orar?

Levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes.

No puede darse ccsa más sencilla.

ADOLFO CLAVARANA

SUETOS Y VARIEDADES

SALIDA DE PIE DE...

Dice el rotativo del señor conde de Romanones:

«Si las alhajas que hay en las distintas iglesias de España pertenecientes á imágenes fuesen vendidas en su justo valor, se obtendría, según una curiosa estadística, cantidad suficiente para construir una escuadra superior á la que actualmente tienen los japoneses en operaciones.»

¿Si...?

Pues, según otra curiosa estadística, si las alhajas pertenecientes á condes tan opulentos como el de Romanones, fuesen vendidas en su justo valor, se obtendría cantidad suficiente para construir una escuadra superior á la que actualmente tiene Francia.

Y, según otra estadística, aún más curiosa, si la plata que hay en las minas del señor conde de Romanones y en las similares, se vendiese en su verdadero valor, se obtendría cantidad suficiente para construir una escuadra superior á la que actualmente tiene Inglaterra.

Pero huelgan todas estas curiosísimas estadísticas, porque la plata de las minas es de sus dueños, así como las alhajas del conde de Romanones son suyas, y de la Iglesia la de las imágenes.

Ahora bien, los millones que dió la nación para formar una escuadra, esos sí que fueron para barcos y bastaban, porque España los hubiera poseído en número suficiente, pero gastáronse los millones... y los barcos no parecieron.

Y el caso ocurrió gobernado los partidos liberales, entre ellos el del Excmo. Sr. Conde de Romanones.

SEVILLANAS

Un vejete pregonaba ayer:

«Mi puesto es to una asinatnra de historia.

Tengo, tengo la boina que us... a Ugarte el, 98, y la doy en tres pecetas.

El *zabre de ditador* que trujo Weyler de Cuba; y *tamien* tengo la espada de Parañaque; las dos en *cinco pecetas*.

Tengo la historia de la muerte de Meco, con un prólogo de D. Segis, escrita por el Sr. Montero, que se pene por montera el sentido común, como buen gallego; la doy en tres *riales*.

De Filipinas tengo una *verdaderareliquia*; tengo, tengo (no me atrevo á decirlo; me da vergüenza y *mico*, no sea me castiguen por *imoral*), tengo los calzoncillos blancos de Aguinaldo; éstos se venden en *pública* su-basta.

Tengo *tamien* un *trato* de *regeneración* *mi* completo, escrito por Canalejas y Romanones, donde se explana la *sublime* teoría de que, apedreando conventos y perdiendo la vergüenza, llegaremos á ser un *pueblo* fuerte y avinagrao, como el *principao* de Mónaco ó la tribu de Frajana, que, hoy por hoy, son la *amiración* de Europa.»

MÁXIMAS FILO ÓFICAS

Quien por falta de experiencia huye las felicidades que ofrecen las soledades á la vida y la conciencia, venga á aprender esta ciencia, en mi sabrosa quietud, y hallará aquí la virtud tan exenta de temores, que coronada de flores le conserve la salud.

Después que envainé el acero y el arnés troqué en gabán, si primero capitán, ya en mi quinta jardinero: lloro del tiempo primero la juventud malograda y sé que en la aventajada vida de esta profesión, Dios á Adán dió el azadón y el vicio á Nemrot, la espada. ¡Dichoso el que no hace caso de lo que no necesita y á Diógenes imita quebrando en la frente el vaso, ¡ Si está tan cerca el ocaso humano, que apenas siente la distancia de su oriente, ¿quién es de tan poco aviso que gozando lo preciso anhela lo impertinente?

Tirso de Molina.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

—¿Qué es lo más duradero que se puede conseguir con el oro?

—El cielo ó el infierno, según el empleo que de él hagamos.

—¿Cuál es la cosa que, una vez perdida, no se recobra nunca?

—La inocencia.

—¿Qué es lo más persuasivo y eficaz para la moralización de los niños y de los pueblos?

—El ejemplo.

—¿Cuál es la cobardía que mejor sabe disfrazarse de valor?

—El duelo y el suicidio.

—¿Cuál es la cosa que se escoge con más precipitación, aunque en ella arriesgamos la paz de toda la vida y aún de la eterna?

—La esposa y el marido.

—¿Cuáles son las minas de donde sacan las almas los tesoros de sacrificio diario de paciencia, de paz?

—Se llaman Confesión, Comunión, Meditación, Crucifijo, Rosario, Imitación de Cristo, Ejercicios espirituales, etc.

—¿En qué pensamos muy poco, debiendo ser lo contrario?

—En que hemos de morir.

Lo que cuesta trabajo no es convencer al hombre de que obra mal, sino hacerle perder el hábito del mal,

Balmes.

QUISI COSAS

Un célebre médico inglés visitaba á un lord archimillonario que sufría con frecuencia violentos accesos de gota.

—Padezco mucho con esta horrible dolencia,—le dijo un día desesperado el opulento enfermo;—¿no habrá algún medio de curarme radicalmente?

—Uno hay; pero es muy heróico, y dudo que os atreváis.

—Sepamos.

—Vivid con medio chilin diario, y ganadlo con vuestro trabajo,—le contestó el sabio doctor.

Un barbero muy hablador fué á afeitar por primera vez á un gran señor, y viendo que este no le decía una palabra, se arriesgó á decir:

—Señor, yo afeito de varias maneras; ¿cómo quiere S. E. que lo afeite?

—Sin decir una palabra—contestó el personaje.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

| | |
|-------------------|---------------------|
| Una accion . . . | 4 pesetas mensuales |
| Media id. | 2 » » |
| Un cuarto id. . . | 1 » » |
| Un octavo id. . . | 0'50 » » |

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siéndo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR